



## Coincidencias

**P**RIMERA. A mitad de diciembre, visioné en un recoleto salón madrileño la película que me subyugara hace años. La que considero cine esencial, pero además cumbre audiovisual de la modernidad. Fue Luchino Visconti quien la realizara en 1970, cuando la cinematografía italiana atravesaba el excelente camino de Antonioni, Fellini y el mismo Visconti, llevando los intereses neorrealistas al terreno de la belleza organizada estéticamente y con intenciones de brutal carga crítica. *Muerte en Venecia* alcanza el epicentro de una relación tópica y tóxica entre las dos realidades que han atravesado la reflexión intelectual desde Platón: belleza y muerte, la urgencia de volcarnos en lo que deseamos ser y la respuesta de que seremos inapelables víctimas de cuanto somos. En un momento dado del filme, se escuchan unas palabras dirigidas al protagonista: «*Ahora, el hombre y el artista han tocado fondo...*». Y ese fondo es la desintegración del conjunto. Mientras la belleza, encarnada en el joven efebo, se pierde en el dorado horizonte de la laguna veneciana. Salir del cine, sumergido en el pelón frío de la ciudad enorme, casi perdido en sus citas, y caer en la cuenta de que he asistido al espectáculo moderno en estado puro y crudo, lejos de toda frivolidad, fragmentación o distanciamiento posmoderno. Extraño primer signo de los tiempos nuevos, cuando parece imperar todo lo contrario, pues los genios se han convertido en botella de coca/cola.

**Segunda.** Diciembre avanza. En su recta final, tras mucho desearlo, acudo a la cita siempre retrasada con la exposición de Andy Warhol en el ya mítico Guggenheim de Bilbao. Este personaje permanece impertérrito en mi pupila desde que contemplara, en los sesenta, sus trucadas fotografías de los disturbios raciales yanquis y sus desconcertantes «cajas de brillo», para más tarde, ya en los setenta, dejarme ganar por el célebre *Mao* o el *Símbolo del dólar*, mientras iba desarrollando sus extravagantes autorretratos. Warhol es la posmodernidad en su estadio previo pero, ya, total y casi nunca superado. Donde hubiera cosmovisión, coloca trocitos de realidad. En lugar de ideas,

ofrece impresiones sensibles. Y, sobre todo, entroniza la vulgaridad cotidiana como objeto artístico consumible. El modo es muy sencillo y típicamente óptico: de la repetición de una misma imagen, se sigue la destrucción de la magnificencia de esa misma imagen. Nada es ajeno al arte y a la belleza, precisamente porque todo arte y toda belleza se han democratizado hasta lo callejero. Si uno compara la última secuencia de *Muerte en Venecia* (todo el mundo en ella) con la mostración de la *Sopa Campbells*, descubre el trasiego de referencias estéticas llevado a cabo en este siglo que parece haber acabado. Lo eterno cede ante lo efímero. De la misma forma que las sectas pretenden suplir al Dios de los cristianos, señor en su creación.

**Tercera.** Comienzos de enero. Tras los cansinos cohetes de nochevieja. Me dicen que la vea y que opine: *Sobreviviré* es un filme que comenzó de forma sencilla, como pidiendo permiso, y acaba por entusiasmar o levantar rechazos apasionados. Comento que lo realmente llamativo de esta película española, realizada por el dueto Menkes/Albacete, es que, bajo una formalidad estrictamente posmoderna, se encierra una actitud crítica de honda raigambre moderna, sólida, aventurada, inquietante, en torno a una típica mujer urbana y la cuestión siempre pendiente de la homosexualidad, pero vivida en pareja estricta. La mujer urbana se hunde en la soledad, pero la pareja en cuestión se abre camino brillantemente. Es darle la vuelta a lo de siempre, entre risas medias y momentos de pura lágrima. Comedia americana con alusiones al mejor musical, aquietta la cámara y centra los personajes con exquisita precisión. Emma Suárez nos transporta a un universo femenino que está ahí, muy cerca de todos pero oculto por la ruindad de la vida cotidiana. La gente normal sufre y los demás apenas caemos en la cuenta. Mientras se suceden las imágenes de *Sobreviviré*, acuden a la memoria *Todo sobre mi madre* y *Solas*. Hay algo en común. Probablemente, el escalofrío de un acento en profundidad sobre la vida española de este preciso instante histórico.

En breve tiempo, tres magnas coincidencias estéticas y antropológicas. Y siempre, en torno a este tránsito desde una modernidad jamás agotada (retornará con fuerza y poderío) y una posmodernidad dominante en tiempos neoliberales y, por ello mismo, puro subterfugio, pura mostración sin enigma y, en fin, olvido de lo completo. En algún momento, tendremos que acentuar bien las sopas del yanqui Warhol, bien las imágenes de Visconti, dejándose oscilar por este asunto del sobrevivir. Nos esperan tiempos recios en que los acentos no estarán puestos de antemano, porque serán trabajo de cada uno. Y será arriesgado acentuar.

P. de P.